

Las palabras de alguien que no parece exageradamente lúcido

Por Jaime Potenze
(Para LA NACION)



No escuché el sermón del sacerdote Julio Triviño, pero por lo que parece acusó a la democracia argentina de pornográfica, y luego instó a combatirla por medios espirituales y, en último caso, materiales.

Es indudable que se equivocó el presbítero en la primera calificación, aunque si hubiese afirmado que pululan los pornógrafos por doquier, sus conceptos habrían merecido algún apoyo. El remedio que propuso es acertado en la primera parte, pero si para conseguir que en el teatro Florida se representen autos sacramentales en vez de los espectáculos corrientes fuera menester ubicar al general Benjamín Menéndez en la presidencia de la República, no hay duda de que el precio por pagar sería algo alto. Por otro lado, no creo que existan muchas garantías de concurrencia masiva a estas últimas funciones, y el riesgo de que la concurrencia disminuyera considerablemente no debe ser desechado.

La mala costumbre de asustarse

Alguna vez escribí que una de las constantes argentinas es asustarse sin motivo, y las reacciones suscitadas por las palabras de un clérigo despistado parecen probarlo. Cualquier observador desapasionado sabe de memoria que hay gente que añora la época prooesal, y que haría cualquier cosa -siempre que ello no involucrara correr riesgos- por el retorno de las fuerzas armadas al poder.

Suponer que el padre Triviño es el primero a quien se le ocurrió la variante es pecar de ingenuidad. Todos los regímenes democráticos -y más los que no lo son- deben enfrentar

oposiciones feroces, ya que por un lado figuran los que no comparten la manera de gobernar de las autoridades, y por el otro están los que han perdido prebendas y les encantaría recuperarlas. Basta con asomarse a cualquier manifestación peronista para comprobar el escaso entusiasmo que estimulan en sus concurrentes las figuras del doctor Raúl Alfonsín y de muchos de sus colaboradores. No constituye ello ninguna novedad.

Por eso llama la atención que las palabras de alguien que no parece exageradamente lúcido hayan provocado reacciones de espanto, al extremo de que el ministro de Defensa ya haya fijado (LA NACION del 30 de octubre) "reglas de juego para las próximas misas", algo que suponíamos solo los obispos podían hacer.

No obstante, es bueno enterarse de que "quien vaya y no se retire de inmediato cuando algún 'cura descolgado' intente reducir la democracia a las revistas en las que aparecen muchachas ligeras de ropa tendrá que atenerse a las consecuencias".

El clarín de retirada

Ante esto no puedo menos que imaginarme a un granadero instalado en el púlpito, atento a las instrucciones de algún asesor ministerial que en un momento dado sacará una tarjeta colorada del bolsillo, señal para que el soldado toque clarín instando a la retirada, la que, presumiblemente, se hará ordenadamente, con lo cual los feligreses quedarán sin saber el porqué de la reducción, lo que no parece muy democrático, aunque paradójicamente la

intención del señor ministro sea democratizar a la concurrencia.

Barrunto que el señor Borrás actúa en el fondo como esos confesores

que cuando se les relatan ciertas cosas aconsejan huir de la tentación, con la diferencia de que aquí se obliga compulsivamente al pecador, con lo que su actitud carece de mérito. Dar por sentado que cualquier sandez que se diga desde un altar promoverá entusiastas apoyos es desconfiar de la inteligencia de los concurrentes. A este paso, cuando alguien resuelva comprar *Cabildo* o *Barbarie*, cuya venta está permitida, habrá que ofrecerle *Shock* o *Destape* para que su confianza en las instituciones no sea amenazada. No parece darse cuenta el encumbrado funcionario de la sabiduría del refrán que indica que el pez por la boca muere.

Otro funcionario alarmado

En el mismo ejemplar del diario se transcriben los comentarios del presidente de la Cámara de Diputados sobre el asunto, que comenzó censurando a "esos curitas que luchan contra la pornografía", olvidando en

principio que por un diminutivo parecido, pero referente a los diputados, el cuerpo aplicó cinco días de arresto a un sacerdote. Pero lo insólito es que al doctor Pugliese le incomode que los pequeños clérigos combatan la pornografía cuando lo contrario provocaría bastante escozor en sus obispos, y ahí sí que tendrían que atenderse a las consecuencias, nada agradables, por cierto.

Sigo leyendo. A juicio del parlamentario la actitud mencionada es "la acción de falsos moralistas, de reprimidos sexuales, que están en contra de un cine actual, donde se muestra la crápula de una sociedad podrida". Prescindo de que me parece admirable la devoción al estilo del balbinismo auténtico, sobre todo en la última frase, y me pregunto cómo obtuvo el doctor Pugliese datos ciertos sobre la represión sexual de los falsos moralistas, concepto que también ha de haber sido objeto de sagaces pesquisas. Como el aludido tiene fama de hombre perspicaz, sospecho que la investigación debe haber sido exhaustiva.

Además, el hecho de que, aparentemente, al señor diputado le gusten las películas donde se muestra la crápula de una sociedad podrida, cualquiera que sea el significado de la frase, no justifica que despotrique contra los que optan por otro cine, ya que se trata de una materia de sensibilidad estética, y es lícito que algunos -entre los que me cuento- prefiramos los filmes de Robert Bresson o Ermanno Olmi a los que se exhiben en Multicine. Tal vez estemos equivocados.

La imparcialidad como meta

Quien viera en lo que hemos escrito el más mínimo adarme de solidaridad con la conducta del sacerdote Julio Triviño se equivocaría rotundamente, y reconozco que entre la mayoría de los asistentes a la misa que provocó este batifondo se cuentan personas cuyas ideas repudio inapelablemente. Pero no puede negarse que cuando grupos perfectamente definidos abominan de todo lo que huele a militar o policial, y pidiendo para aquéllos el paredón y para éstos el fusilamiento, a ningún funcionario parece moverse un pelo. Manifestaciones de solidaridad con asesinos no estimulan discrepancia alguna, todo en nombre de la libertad de expresión, que desde algunas trincheras no se ejerce.

Es probable que las misas organizadas por los familiares de las víctimas de la subversión estén encarrilándose peligrosamente hacia lo político, pero que esto, en cierto modo, es una reacción contra los que aprovechan las muertes de los suyos para agitar sus banderas tampoco parece un despropósito. Que además de los parientes legítimos se inmiscuyen en estos actos personas que buscan ganancias en ríos revueltos también es innegable. Todo esto no lleva miras de amainar, y mucho menos de detenerse.

No me caben dudas de que la mente más lúcida del Poder Ejecutivo, o sea el doctor Alfonsín, desearía muy sinceramente poner punto final al problema, pero ello es imposible por ahora porque los ánimos siguen caldeados, y la desmesurada reacción contra palabras de alguien intelectualmente muy limitado, que luego se desdijo en todos los tonos, es una prueba de la inseguridad en que vivimos. A la antinomia peronismo-antiperonismo ha sucedido la de civiles, por un lado, y militares, por el otro, que se desconfían mutuamente, lo que, reconozcámoslo, no deja de tener su lógica.

En principio, podríamos decir que estamos ante un callejón sin salida, lo cual es cierto; pero también es verdad que la perspectiva es peligrosa porque nuestro país no se puede permitir esos lujos. Ante cualquier error -auténtico o no- del Gobierno, los que están en la vereda de enfrente piensan en un golpe, y aunque no lo hagan, los oficialistas creen que esa es la intención, sin darse cuenta de que en el país no hay quien pueda juntar más de unos pocos cientos de personas para derrocar violentamente a un Poder Ejecutivo muy firme, ya que cuenta con cientos de miles de ciudadanos dispuestos a defenderlo.

Por ello causa gracia que jefes responsables tiemblen ante una homilía que si no hubiera tenido cobertura periodística se hubiera perdido en las brumas de una noche de octubre. Es evidente que todavía no se ha aprendido a vivir la democracia, y para dar un ejemplo, piénsese en lo que hubiera ocurrido en cualquier país maduro si un clérigo desconocido se hubiera puesto a macanear ante un grupo de militares desprestigiados. Lo más probable es que nadie se hubiese preocupado demasiado. No obstante, en nuestro país, el ridículo ha sido compartido por muy conspicuos dirigentes, que en el fondo mantienen la vieja tradición anticlerical del radicalismo. Sería positivo que se la sacudieran. (c) LA NACION